SOMOZA, UN PERSONAJE EN BUSCA DE NOVELA

POR JOSÉ LUIS BALCÁRCEL

A Jorge Ruffinelli,
con búsquedas que recorren vericuetos semejantes.

Somoza, el tirano, el dictador que superó en todo a todos los demás, murió, fue ajusticiado, sin que la narrativa pudiera abarcarlo, sujetándolo como concepto. Somoza murió sin novela. O la novela dejó morir a Somoza sin aprehender muchas peculiaridades suyas. Somoza fue más allá de lo que en tiranología y dictadurología tenía previsto la literatura narrativa.

Hay conjuntos de elementos y características que articulan el contexto y el personaje en estructuras, no como término medio, o promedio, sino como síntesis que se vuelve modélica del personaje. Lo que en estética, sobre todo en la estética del realismo, se tiene como categoría de lo típico —la tipicidad. Este, igual que las demás categorías no admite lo estacionario. La dinámica es la característica que demuestra la incorporación necesaria de peculiaridades generalizadas que recrean el tipo.

Toda la novela, o la novelística, sin embargo, resultó insuficiente, al menos hasta hoy. Con lo cual se frustró ante la feracidad del que maltrató a Nicaragua y todo lo que tuvo a su alcance. Incluida la literatura, naturalmente.

No es ningún aporte a la teoría, sino pura reiteración, sostener que la realidad siempre es más rica que el concepto. Por lo demás, tratándose de Somoza, sociológicamente lo de rico tiene otra explicación.

Hay conceptos, y conceptos. Los de la teoría se arman de elementos explicativos, reproductores racionales y, en su caso, posibles de transformalidad práctica. En cuento a reconstrucción mental objetiva de la realidad su significado es único. Sólo variable en tanto las variantes que adquiere la propia realidad. Por eso se trata de conceptos unisémicos; unívocos. Mientras que los de la literatura y los de las demás artes, según sus características, no son puramente reconstrucciones, sino referencias reales convertidas en realidades referidas. Por lo tanto, se trata de conceptos apoyados en la imaginación y en la fantasía, sin dejar de ser, en lo que les toca, conceptos que incluyen la razón como pensamiento, como abstracción y elaboración, en tanto conjuntos estructurales, susceptibles de amplia diversidad de significados determinados. Conceptos polisémicos.

Lo que parecería digresión lleva a dejar claro que en cuanto a descripciones y explicaciones teóricas, ya de la politología, o de la sociología —a la mejor aún de la psicología—, los conceptos, la caracterización y las categorías abarcan el caso y el fenómeno Somoza. Sujeto que practicó la política, la masacre, el robo, la depredación, el crimen y la ostentación. Ellos existen, propiamente, desde mucho atrás, y en la medida en que se le siga estudiando —terrible e ingrata tarea, necesaria de seguirla haciendo—, se conseguirá abarcarlo más y mejor en todas sus relaciones.

En cambio, la literatura, sobre todo en lo que tiene que ver la novelística, se quedó corta respecto de él. En poesía existen alusiones y referencias a Somoza, y hasta la expresividad política de su tiraneidad y dictadureidad. Y la que recogió su determinabilidad cual esperpento.

Pero la novela lo dejó fuera. No alcanzó recabar y a recrear su conjunto característico, que como particularidad contribuyera a determinarlo en intensión y en extensión, como el tirano y dictador que real y efectivamente fue. A partir del concepto Somoza la categoría literaria del dictador necesita restructurar su tipicidad.

Toda la novelística del tirano, desde Valle Inclán hasta García Márquez, pasando por Asturias, Carpentier, Roa Bastos y Sergio Ramírez, trabajó con una categoría de lo típico que fue violentamente desbordada por Somoza III, el segundo ajusticiado. Por supuesto, ya que el primero de la dinastía, y en ser ajusticiado, mediante justicia popular, quedaba cabalmente contenido en la abstracción modélica de referencia. Como todos los demás: los Estrada Cabrera, los Rodríguez de Francia, los Rosas, los Gómez, los García Moreno, los Díaz, los Ubico, los Carías, los Batista, los Trujillo, los Duvalier, los Rojas Pinilla, los Pérez Jiménez, incluidos los Stroessner.

El planteamiento en cuestión es asunto que en nada tiene que ver con la calidad expresiva, ni con la determinabilidad del tirano, en la que ella se sustenta, en las novelas: *Tirano Banderas, El otoño del patriarca, El señor presidente, El recurso del método, Yo el supremo, ¿Te dio miedo la sangre?*. Aparte de que en esa vertiente ha quedado cancelada cualquier discusión. O lo que viene a ser lo mismo, todas son de calidad indiscutible. Lo importante es que así resulte ya no solamente para los críticos e historiadores, profesores y comentadores, sino para el común de los lectores, cuyo círculo cada vez se ensancha más. Todo pesimismo al respecto es mera posición elitizante. Como la de los profesores que tienen como tema predilecto el comentario sobre el bajo nivel, supuestamente cada vez mayor conforme pasan las generaciones de alumnos.

Se trata de reconocer que el tirano, el dictador de la novela, hasta hoy, no alcanza características que se correspondan completamente —en lo que completamente quiere decir en la narrativa— con las de Somoza. Lo que tampoco significa que el tirano de la novela haya quedado atrás, como mero recuerdo literario histórico, de una realidad tiránica o dictatorial ya cancelada. No, de esos tiranos quedan aún. Todavía se dan. Se siguen dando. Somoza III, sin embargo, fue de cuño diferente. Lo cual no descarta que llegue a trascender en algún futuro personaje literario. Para seguir aterrando, en términos literarios, después de muerto, como viene haciéndolo.

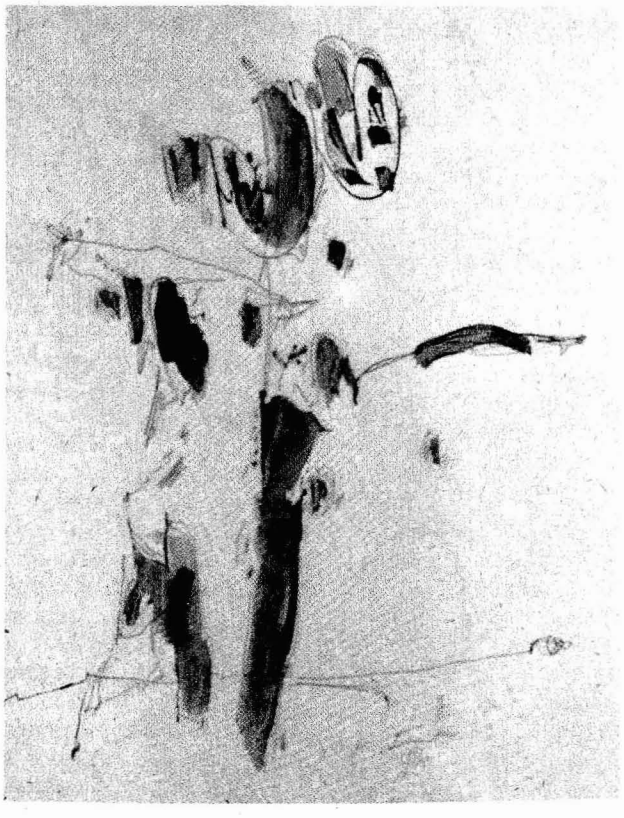
José Luis Balcárcel (Guatemala, 1932), filósofo, ensayista, profesor de la Facultad de filosofía y letras de la UNAM, publica en varias revistas y suplementos de México y América Latina. Este año, es jurado del Premio Casa de las Américas en la rama de ensayo.

dolo en la realidad, con la ola represiva que así desató en el Paraguay y países limítrofes. Elemento también, por cierto, de recuperación y transformabilidad literaria.

A otra forma estructural literaria corresponden textos sobre el tirano, como el *Ecce Pericles*, de Rafael Arévalo Martínez, y *El autócrata*, de Carlos Wyld Ospina. Ambos necesarios e indispensables para saber de y conocer a Manuel Estrada Cabrera, el mismo que encarnó en la novela de Miguel Angel Asturias. Desarrollados los dos de manera estilísticamente magnífica, en ellos se hace una relación articulada de conceptos unisémicos y polisémicos constituyentes del ensayo novelado, descriptivo de situaciones sociales y políticas, y de la personalidad del dictador, a través de sus comportamientos y reacciones, y del medio social correspondiente. En aproximada estructuración a ellos se sitúa el texto de Pedro Joaquín Chamorro, todavía insuficientemente conocido: *Los Somoza, estirpe sangrienta.*

Los tiranos y dictadores de la novela han estado vinculados en su expresión a las rémoras e incidencias feudaloides del desarrollo económico, social y político de Latinoamérica. No obstante que ellos mismos en la realidad tuvieron que ver con los procesos iniciales del capitalismo, desde sus comienzos dependiente. Bastaría mencionar el caso de Somoza I.

La novela misma de Sergio Ramírez, *¿Te dio miedo la sangre?*, tiene en *el hombre*, expresión del tirano, un significado constituido por signos que arrastran el fantasma de Somoza I; los cuales, por cierto, en momentos se injertan con algunos que manifiestan aristas de sus descendientes reales, incorporados literariamente. Connotación que conjuga el peso de la dictadura que permanentemente cargaba la vida de Nicaragua.



Somoza III, en cambio, expresa formas de ser derivadas, correspondientes a relaciones que se dan en el capitalismo monopólico de Estado, por pequeño que fuera su país. Capitalismo monopólico de Estado administración unipersonal. Universal y sólo compartida secundariamente por una escasa, reducida, burguesía de servicios, por su origen. Burocrática, como también se le denomina. Tal parecería que la frase del fatuo Rey Sol: "El Estado soy Yo", hubiera sido elaborada en la corte, ante la aristocracia rival, ya en pleno desarrollo y lucha la burguesía, pugnante con el absolutismo de residuo feudal, para conceptualizar a futuro, en orden inverso de intereses por su significado, a Somoza III. Las paradojas de la vida real pueden servir de alimento a la narrativa.

Los demás dictadores fueron, o son, dueños de haciendas y vidas. De haciendas y vidas en sus respectivos países. Y hasta de incipientes o desarrolladas industrias. En sus países. También, sobre todo, agroexportadores en gran escala. De sus países a la metrópoli, o a otros países periféricos; bajo las regulaciones económicas y financieras impuestas por la metrópoli. Por lo tanto, bajo la dependencia de la metrópoli. Todos los tiranos con casa o hacienda en los Estados Unidos o en España, para descansar y sobrevivir con tranquilidad de rentistas después del golpe de Estado o de la revolución que los tumbe.

Batista salió a residir y a vivir en sus propiedades de Daytona. Ubico se refugió hasta su muerte en Nueva Orleans. Unos mueren en la metrópoli, otros en las exmetrópolis. Otros más de diferentes maneras, en el propio lugar de su destronamiento. Todos, naturalmente, después de vivir del saqueo y del despojo, de la devastación de sus pueblos, cuando no de rentas o frutos directos, de cuentas bancarias depositadas en Suiza.

Somoza III se quedó con todo lo que pudo de Nicaragua, y lo controlaba todo también, hasta el triunfo de la Revolución. Cuando Nicaragua era, como ahora Paraguay, una cárcel grande, nacional. Pero, a la vez y con lo mismo, fue gran inversionista en los Estados Unidos y en otros países. Fue, realmente, transnacional. Con inversiones de diferente índole en toda Centroamérica, en España, en Colombia, en Venezuela, en Argentina, en Paraguay. Sus cuantiosas inversiones norteamericanas lo llevaron a ser influyente en los círculos gobernantes de los Estados Unidos. No era simplemente un capitalista dependiente, sino un capitalista de y en la metrópoli, que vivía gobernando en Nicaragua.

DIBUJOS DE MANUEL MIRANDA

¡Cómo explicar de otra manera que Howard Hughes se hubiera trasladado en avión hospital hasta Managua, en su cama portátil de enfermo incurable, con todo y frascos de suero, al décimo piso del Hotel Intercontinental, convertido en hospital y bar de negociantes, para tratar con su socio, el el dictador, sobre inversiones transnacionales!

Somoza, fue, hasta su muerte, portador de inversiones redituables en la metrópoli. Al Paraguay llevó lo que el propio Stroessner, beneficiario prioritario del contrabando, no intentó; el cultivo del algodón, manifestación clásica de formas capitalistas en los procesos agrícolas.

Antes, cuando ejercía la dictadura, dio muestras de decidir políticamente no sólo en su pobre país, sino en los demás de Centroamérica. Cuando su socio Arana Osorio se manifestaba indeciso para realizar el fraude electoral que consumara el hecho de hacer gobernante a Kjell Laugerud —era tan insignificante el número de votos que pudieron prepararle a éste—, Somoza III viajó a Guatemala para imponerlo, asegurando el buen desarrollo de sus negocios. Todo eso podía hacerlo con base en la hegemonía económica suya mantenida en los países del área. Hoy se comienzan a saber datos sobre la cantidad de tierra que tenía en Guatemala. Ya antes se sabía de sus inversiones en la infraestructura turística.

Por eso el chiste guatemalteco —pueblo aquel que no pierde el buen humor en medio de la tragedia permanente que vive, entonces aún más agravada—, de que al producirse el terremoto y notificarle telefónicamente Arana a Somoza que se había caído media Guatemala, éste le preguntara si la suya o la de él.

Hay pues, una serie de características y peculiaridades que de Somoza podrían recoger la tiranología y la dictadurología literarias en materia de novelística, para incorporarlas y asimilarlas en el personaje correspondiente a las diversas formas expresivas del desarrollo capitalista en sus novedades de nuestros días. La tiranología y la dictadurología son a estos días lo que la demonología fue a los suyos. Esta se extinguió. Pasó a convertirlas en ser histórico pasado, cuando el interés por lo trascendente cedió su lugar a los fenómenos y desarrollos del mundo terreno. Cuando se desarrolló plenamente el capitalismo y el hombre se percató de su papel como eje de la producción, adquiriendo conciencia de ello.

Con aquellá desapareció el interés por los más de los estudios de lo trascendente. Mientras la evolución que se desarrolla hoy en Latinoamérica conduce a extinguirse a tiranos y dicatadores, la tiranología y la dictadurología tienen que continuar abstrayendo las características de aquellos para in-

tensificar y extensificar sus conceptos y categorías. Hasta que la revolución latinoamericana se extienda a los extremos de volverlos ser histórico pasado.

Las diferencias de comportamiento entre los dictadores de la tradición y el dictador de la innovación —que por lo visto también en la ingratitud y en la barbarie existen novedades, en lo que los economistas y sociólogos llaman modernización, concepto que no quiere decir otra cosa que desarrollo conforme al capitalismo—, dan lugar a reacciones también diferentes. Cualquiera de los dictadores o sus descendientes familiares o burocráticos han tenido lances amorosos con colegialas del último año del Bachillerato o de la Normal, o con profesoras de escuela primaria, enganchadas por algún funcionario calificado, que precisamente entre sus cualidades más destacadas figuraban las funciones de esa clase de engarces. Mientras que Somoza III, o el Chiguín, se lanzaron, entre sus acciones de nivel y alcances transnacionales a la conquista de damas con la especificidad de *Miss*. Como sucedió con una *Miss* Paraguay, con experiencias en el certamen de *Miss* Universo. Destronando así galanes que contaban con la protección y, por lo mismo tenían influencias cerca del dictador tradicional. En su caso, con el practicante de contrabando; modesto, y por lo que demuestra la historia, de menores ínfulas: Stroessner ante Somoza.

Somoza atesoró tanta fortuna como el Sha. La de éste no le impresiona mucho a la historia de nuestros confines, pues basta asociarlos con Persia, los orígenes de la humanidad, las leyendas y las satrapías, para identificarlo con el oro y las piedras preciosas. Pero Somoza pertenece al subdesarrollo de nuestras pobrezas sobrantes de lo que deja el imperialismo de la frontera latinoamericana.

Después de muerto Somoza III todavía acumuló elementos para la narrativa. Por las circunstancias que impuso la Revolución, respecto al propio Paraguay entabló contrastes; recordemos al dictador Gaspar Rodríguez de Francia. Muerto éste nadie se atrevió siquiera a ver pasar el cortejo fúnebre, pensando que era una trampa del tirano para atisbar quién podía alegrarse de su desaparición. A la muerte de Somoza un pueblo entero, el suyo propio, festejó el suceso abiertamente, en todas las calles, en todo el país.

Por todo, por su fortuna que era cuestión propia de leyendas, cuando fue llevado a enterrar a los Estados Unidos, las agencias noticiosas al hablar de que iba en una caja plateada tradujeron: de plata.

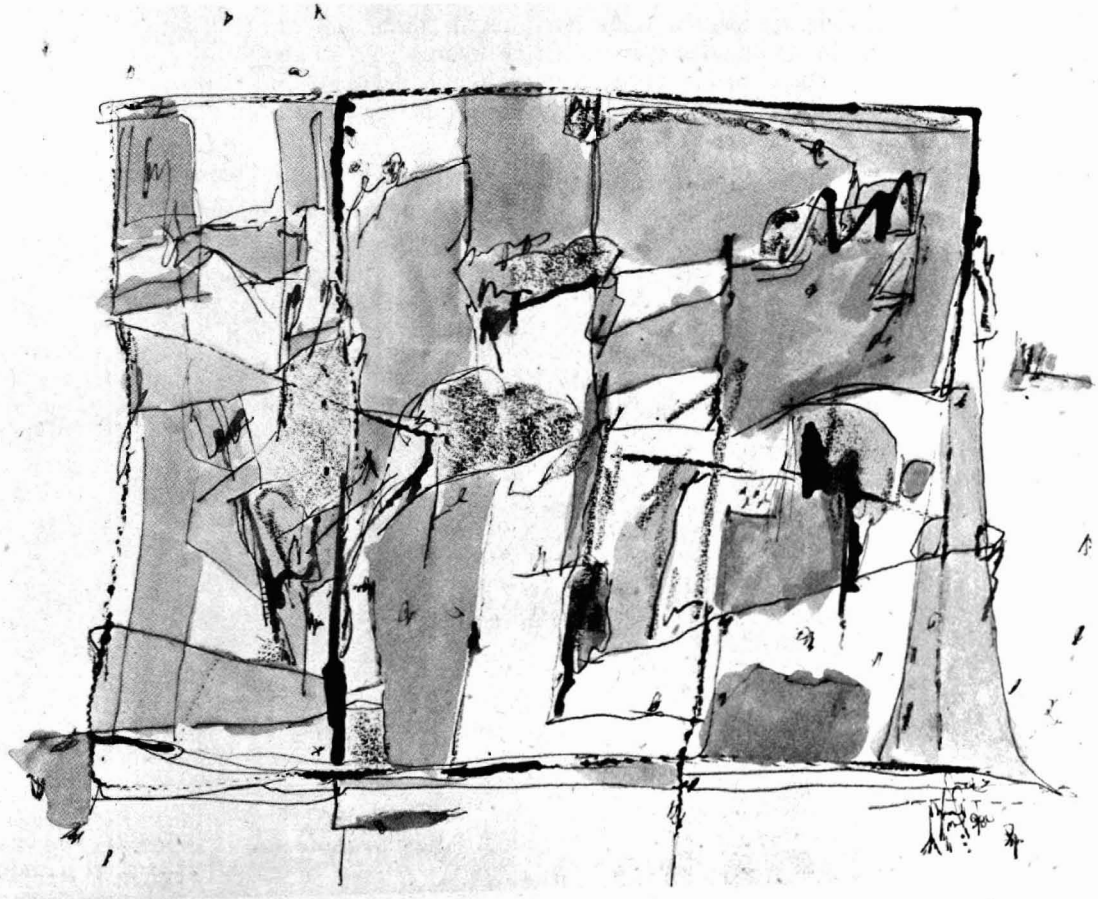
Al decir que la novela no ha aprehendido al tirano Somoza III y creado al personaje que pueda corresponderle, deben tenerse en cuenta dos situaciones. Términos de una alternativa que puede conjugarse o no. Nada que se conciba mecánicamente tiene que ver con la realidad rica y contradictoria. Esto quiere decir que no siempre, necesariamente, tienen que producirse las cosas o no.

Pudiera suceder, ¡por qué no! que la novela tras la que anda en busca de trascenderse literariamente el fantasma de Somoza nunca llegue a escribirse. Pudiera ser que sí. No porque existan situaciones y hechos hallan forzosa e inexorablemente su correspondiente novela —en muchos casos, afortunadamente—. No porque haya novelistas tienen que decidirse por las situaciones y por los hechos que a muchos nos acucian. Al cabo que a ellos en lo particular pueden atormentarlos o encantarlos otros, para su generalización y trascendencia. Los artistas —ahí están los narradores— tienen un doble piso mental respecto del nuestro, que es sencillo. Imaginativo-racional, posible y capaz de concretarse en la nueva y distinta realidad que es la obra de arte, el de aquellos.

En la realidad y contexto latinoamericano, a ese propósito, existen ausencias novelísticas frente a constantes temáticas. No existe propiamente la novela de la lucha armada, de la guerrilla, la cual llegó a generalizarse en el Continente como acción patriótica necesaria, y hoy vuelve a manifestarse, sobre todo en El Salvador y en Guatemala, después del triunfo nicaragüence que por esa via derrumbó al dictador determinante del personaje desnovelizado, anovelado, o sin novela sencillamente, Somoza III. En cambio, se dio, y mucha fue muy buena, la novela de la violencia, en Colombia. Fenómeno social distinto, por supuesto, aunque con sejemanzas.

Ni siquiera Guatemala, en donde el movimiento guerrillero alcanzó durante los sesentas los mayores ascensos de la lucha armada latinoamericana, y actualmente se manifiesta en linderos triunfantes, se ha producido la novela de la guerrilla. No obstante las posibilidades que podrían suponerse por los serios e importantes antecedentes y tradición novelística suyos. Con todo y la paradoja que se repite en otros países, de contar con pocos novelistas —tras el largo intervalo que sigue a José Milla, Carlos Wyld Ospina, Miguel Angel Asturias, Flavio Herrera, Mario Monteforte Toledo, Rafael Arévalo Martínez, de alguna manera, y luego un inmenso salto temporal hasta Marco Antonio Flores y Arturo Arias hoy.

En cambio, y por sabido se tiene que los mismos condicionantes pueden empujar en sentido contrario cuando operan situaciones determinadas. Guatemala resultó ser caldo de cultivo para una novela de la contraguerrilla. De una novela antiguerrilla es mejor decir: la de Flores, *Los compañeros*. Con denotaciones y connotaciones que llegan más allá, o que forman parte de lo mismo. Personifica al lumpen en el guerrillero y le cuelga a éste las miserias, la apatía, la holganza, forzadas, la falta de principios de aquel, como elemento que por anticipado lo instalan en la derrota. Además de ser profundamente anticubana, lo cual significa antisocialista, quiere decir, por tanto, como se constata claramente en estos días, posición instrumental coadyuvante a propiciar la justificación y el asentamiento de movilizaciones del imperialismo norteamericano.

Más claro aún aparece todo ello cuando a través de la lectura se van decodificando los que dejan de ser simples signos de delación. Los cuales de quedarse en eso no pasarían de revelar mera ingenuidad, tratándose de hechos y sucesos ya transcurridos. Sin embargo, adquiere significado delatorio en tanto que transcurridos, precisamente.

A propósito de delaciones, Somoza III decidió conservar, hasta después, los archivos de la inteligencia, como dejados en el abandono, para que el mundo entero se percatara de que uno de los máximos dirigentes del supuesto partido comunista nicaragüense, encargado de los asuntos obreros, un tal Sánchez, quedara revelado como el agente al servicio del gobierno dictatorial, durante muchos años, comisionado para denunciar todo lo que entre los trabajadores tendiera a perjudicar a la dinastía. El significativo individuo guardará 30 años en la carcel por determinación del regimen revolucionario. Ninguna medida menor, y sí muchas mayores, de haber sido posibles, contribuyen a definir para la historia esa situación.